



LA VETERINARIA ESPAÑOLA.

REVISTA CIENTIFICA DECENAL.

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA).

PRECIOS DE SUSCRICION. Al periódico y a las obras en Madrid, un mes 6 rs.; tres meses, en provincias 18 rs. (ó 42 sellos del franqueo); un año en Ultramar 90 rs. y 100 por otro en el extranjero; A una sola publicacion, los dos tercios de precio señalado en cada punto. Solo se admiten sellos de los pueblos en que no hay giro.

PRECIOS Y MEDIOS DE SUSCRICION. En Madrid, en la Redaccion, calle del Pez, núm. 8, etc. segundo. En provincias, por conducto de corresponal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranza sobre correos ó el número de sellos correspondiente

PATOLOGIA Y TERAPEUTICA.

CLOROSIS

Nueva teoria y tratamiento por Von Maack.

Cuando revisamos el núm. 1.º de *El Monitor*, indignados de la importancia que don Nicolás concedía á la cuestion científica suscitada por Von Maack, salió de nuestra pluma la inoportuna promesa de aplazar un exámen crítico suyo para mas adelante en LA VETERINARIA ESPAÑOLA; é hicimos mal, porque el asunto no lo merece. Empero ya es forzoso cumplir lo prometido. Principiaremos trasladando íntegro el suelto del periódico francés:

En el *Journal de Pharmacie et de Chimie*, cuaderno de abril último, hallamos la siguiente nota, que creemos deber reproducir. Se verá, en efecto, que las ideas en ella contenidas (caso de ofrecer alguna utilidad práctica) podrian ser aplicadas, lo mismo que á la clorosis de la especie humana, al tratamiento de las enfermedades caquécticas que afectan á los animales, mas especialmente á la caquexia acuosa del ganado lanar.

Apenas ha sido señalada la funcion glicogénica del hígado, cuando ya los hombres pensadores de la ciencia se apresuraron á investigar el papel que desempeña con respecto á la manifestacion de algunas enfermedades. Vamos, pues, á transcribir las ideas del autor; pero acogióndolas con la mayor reserva, y con el esclusivo objeto de patentizar esa tendencia científica de inquirimiento, que en todas las épocas ha dominado al espíritu del hombre.

«Un hecho conquistado por la ciencia, dice el honorable escritor, es el que consiste en la disminucion de los corpúsculos rojos en la sangre de las cloróticas; y toda vez que estos corpúsculos deben su coloracion al hierro que contienen, siguese de aquí que evidentemente existe una disminucion cuantitativa de este

metal en la sangre. Mas esta disminucion proviene, no de una resorcion, puesto que en las orinas solo se encuentra una pequeña cantidad de sustancias sólidas, sinó de una elaboracion imperfecta.»

«Sábase tambien que las dosis mínimas que, en el estado normal, toma el organismo de los alimentos, le son muy suficientes para atender á todas sus necesidades; y que la bilis es el único producto de secrecion que contiene hierro (y esto, en cantidad notable).»

Siendo esto conocido, de qué manera puede esplicarse el desarrollo de la clorosis en una joven que no se hallaba afecta del menor padecimiento? Haciendo uso de unas mismas sustancias alimenticias antes y después de la invasion clorótica, es imposible atribuir su enfermedad á la privacion del hierro; porque, después como antes, siempre le ingeria en cantidad igual, y esta cantidad habia bastado durante muchos años á la conservacion de su salud.»

«Es mucho mas racional buscar la verdadera causa del padecimiento en una incapacidad del organismo para transformar el hierro en hematina y fijarle.—Pero ¿de qué procede esa incapacidad?—Los descubrimientos hechos por Lehmann van á servirnos para resolver la cuestion. Lehmann ha demostrado que la hematina, así como la salicina, la floridzeina, etc., es un compuesto azucarado; luego la hematina tiene necesidad de azúcar para su formacion; y si la secrecion azucarada del hígado llega á encontrarse disminuida ó se suprime, no tardará en cesar la formacion de la materia colorante de la sangre y, en su consecuencia, la de los corpúsculos rojos.»

«El verdadero origen de la clorosis sería, por consiguiente, la falta ó disminucion en cantidad del azúcar elaborado por el hígado.»

Hé aquí ahora las consecuencias que el autor deduce de sus premisas:

«El tratamiento de la clorosis debe consistir en el empleo de azúcar.—Este tratamiento debe ser empleado con el objeto de restablecer la secrecion azucarada del hígado.—Las medicaciones que consisten en hacer

un gran uso del hierro, no han llevado, como se creía, al organismo un elemento de que tuviera necesidad, sino que han obrado sobre la secreción del hígado, y de este modo se ha obtenido la curación.»

En el concepto de Von Maack, el mejor tratamiento consiste en el uso de la miel y azúcar de uva.

—Parece que esta manera de curar la clorosis, hace largo tiempo que goza de gran crédito entre la gente del pueblo de la parte Norte del Schleswig y del Hannover. —Dice también que el agua fría tomada en bebida, preconizada ya por Petter como excelente en la diábetes azucarada, constituye un auxiliar del tratamiento que se ha expuesto. (*Union medicale, extrait de Artc. f. wiss. Heilk., et Annales de la Société de Médecine d'Anvers, février 1859*).

Hasta aquí el texto francés, tal como ha sido publicado en el *Journal de Médecine Vétérinaire* de la Escuela de Lyon; á cuyos redactores pertenecen las ideas vertidas en el primer párrafo, ideas que don Nicolás ha querido significar que le son propias, si bien en su traducción al español no anduvo tan exacto como debiera.

Cuanto más hemos reflexionado sobre la doctrina y conclusiones de Von Maack, tanto más nos hemos admirado, no precisamente de que don Nicolás las considere de algun valor, sino de que la Escuela de Lyon, tan positivista y tan juiciosa siempre en sus apreciaciones, haya siquiera puesto en duda por un solo momento hasta qué grado son inadmisibles, en teoría como en las deducciones prácticas. Y nos estraña acaso más que los redactores del *Journal de Pharmacie et de Chimie*, si bien ya indican su desconfianza, hayan insertado en las columnas de su periódico esa nueva teoría de Von Maack, sin protestar contra ella en nombre de las ciencias que cultivan.

Examinaremos rápidamente el escrito que nos ocupa, pues que, en concepto nuestro, ni aun merece los honores de la discusión, por muchas veces honorable que su autor sea.

Teoría.

El señor Von Maack declara, como un hecho conquistado por la ciencia, que en la sangre de los cloróticos hay una disminución de corpúsculos rojos, y que estos corpúsculos deben su coloración al hierro; y más adelante admite que la hematina (más propio hubiera sido decir *hematosina*) ó materia colorante de la sangre (1), es un compuesto azucarado. Del primer aserto infiere que falta hierro en la sangre de los cloróticos; del segundo que falta azúcar: siendo lo más notable el verle asegurar que el hierro puede transformarse en principio azucarado (*hematina*, según Von Maack). Tal vez no sea esto lo que él ha querido decir; es probable que la traducción francesa sea incompleta ó inexacta.

Insiguiendo Von Maack la ilusión que se ha formado, va derecho á su teoría, y, escogiendo una joven, antes sana, después clorótica (sin que esta clorosis tenga causa alguna), cuyo género de alimentación no ha variado, puesto que ha continuado ingiriendo la misma cantidad de hierro, dice Von Maack, lo que en el or-

(1) Para que la teoría de Von Maack tenga algun viso de formal, se hace indispensable suponer que con la palabra *hematina* quiere significar, no la *hematoxilina* ni la *hematoidina*, sino la *hematosina* ó materia colorante de la sangre, que está unida molécula á molécula con la globulina de las hemáticas.

ganismo falta no es hierro sino azúcar para que le transforme en hematina. Otro cualquiera, que no fuese Von Maack, ocurriendo á tan peregrina manera de sacar deducciones, argumentaría así: «Pues que la alimentación no ha variado; pues que en las sustancias alimenticias han ido los mismos principios, la misma materia que entretenía la función glicogénica del hígado, la formación de azúcar, tampoco será azúcar lo que falte. Pero á la teoría de Von Maack no le convienen tales impedimentos, y Von Maack sabe muy bien no hacer caso de ellos ni de otros verdaderamente científicos; y sabe también cerrar los ojos de su razón ante las contradicciones laberínticas en que, con sus mismos supuestos, incurre.

Tratamiento.

Así es que Von Maack, sin considerar, ó sin tener presente, que en la sangre de los cloróticos, hay disminución, no solo de hematosina sino de todas las sustancias que constituyen el cuajo, sin acordarse de que el azúcar, formado por el hígado desaparece generalmente antes de llegar al corazón izquierdo; sin detener su meditación en los casos presentados de *hígado transformado en sustancia grasienta*, sin que los individuos hayan estado cloróticos, sin que su salud haya sufrido nada; sin reflexionar sobre las muchas transformaciones químicas que experimentan las sustancias ingeridas en el estómago antes de llegar á la masa de la sangre; desconociendo por completo la ninguna relación que existe entre la ingestión de sustancias azucaradas y la función glicogénica de la visceras hepática, receta, sin embargo, contra la clorosis, nada menos que *azúcar y miel*!... ¿A qué continuar?

Nos es muy sensible dar á nuestro bosquejo crítico la forma que lleva; pero confesamos que todavía nos es más repugnante la nueva teoría de Von Maack.

Respecto al tratamiento, en cuyo apoyo llama Von Maack prácticas populares inveteradas, si es verdad que haya conseguido lograr algunas curaciones, el estado actual de la ciencia solo podrá atribuir las á un arreglo provocado en las funciones digestivas por la acción detergente de la miel y del azúcar de frutos.

L. F. GALLEGOS.

BIBLIOGRAFIA.

Compendio de las generalidades de Patología y Terapéutica Veterinarias, con nociones de Policía sanitaria.—Por don Ramon Llorente Lázaro, catedrático de la Escuela de Madrid.—Segunda edición, corregida y aumentada.

La segunda edición del señor Llorente es un compendio, como la anterior. Según leemos en el prólogo, insiste el autor en dar la preferencia á los libros de cortas dimensiones, contra el parecer de algunos que se ocuparon del suyo, cuando lo publicó por primera vez. Ha visto prácticamente, dice, los buenos efectos de su sistema para la enseñanza, y por eso no ha variado.

Nosotros disintimos, no obstante, de su opinión. Hé aquí nuestras razones.

Aceptando, por el momento, la cuestión en el terreno en que la plantea aquel digno catedrático, no negaremos que los Compendios puedan ser útiles para la generalidad de los alumnos. ¿Mas lo serán llevados á semejante grado de exageración? Y además, ¿serán igualmente apropiados á todas las capacidades?

Por lo que hace á la primera cuestión, es evidente que una sola lectura de un trabajo algo extenso, enseña más y con más solidez que diez repasos de un reducido extracto, por hábil que sea.

En cuanto al segundo punto, y por lo que á nosotros concierne, los hábitos de estudio que teníamos contraídos al ingresar en la Escuela, nos hicieron buscar siempre en los textos un fondo científico, incompatible con la estremada concisión. Lo que nosotros apetecíamos entonces muchos otros lo habrán deseado, sin duda, pues no tenemos la presunción de imaginar que hayamos sido excepcionales entre los alumnos Veterinarios. — Y ¿por qué á los que en tal caso se hallen ha de imponerse una dura privación intelectual, que ni siquiera redunde en beneficio de los demás?

Ahora bien, para que el señor Llorente declare su sistema el mejor en nombre de la experiencia y á despecho de las razones precedentes, sería indispensable que hubiera ensayado otros comparativamente con él. Si hiciera ese ensayo, estamos seguros de que participaría bien pronto nuestra manera de pensar.

Más consideremos ya la cuestión bajo otro aspecto. Nuestro querido maestro, preocupado sin duda por un interés muy legítimo y laudable hácia sus discípulos, parece olvidar que un día han de dejar de serlo; y no advierte que entonces, ya recibido el título, sentirán la falta de obras estensas que consultar con fruto para la práctica.

Es verdad que, hoy por hoy, satisfacen hasta cierto punto esta necesidad la *Patología y Terapéutica generales* de Rainard y el *Diccionario* de Delwart. Empero semejante consideración no debiera retraer al señor Llorente de escribir con latitud suficiente; porque, en fin, hora es ya de que se alimente á la Veterinaria patria con otra cosa que traducciones, disfrazadas ó no, concienzudas ó infieles; ó que esas groseras compilaciones, plagios absurdos é informes con que hasta aquí se ha pretendido engañar la avidez de saber de los profesores españoles, envenenando la inteligencia, viciando el criterio de los incautos que bebieron sin reserva en tan impuras fuentes.

Los profesores establecidos, harto lo sabe el señor Llorente, hallarian obstáculos insuperables si trataran de dotar á la Facultad de obras tales como todos las echamos de menos. Solamente los catedráticos, y aun estos tropezando con grandes dificultades, están en el caso de prestar á la clase tamaño servicio. — Hé aquí por qué deseáramos que el autor del libro en cuestión, una vez puesto á escribir, hubiese alargado convenientemente su tarea. Cuantos conocen las dotes que le adornan participan de este deseo; estamos ciertos de ello.

II.

Tres tratados generales abarca el libro que nos ocupa, no obstante su escaso volumen: de ellos, el de *Patología general* está dividido en dos partes.

La primera trata sucesivamente de la definición, division y naturaleza de las enfermedades; de la *Etiología*, de la *Sintomatología*, del *Diagnóstico* y *Pronóstico*, todo considerado del modo más sucinto. Es, pues, la misma marcha de M. Delafond y Chomel.

No podemos aprobar que la obra comience por ahí, ó, al menos, que por ahí comience á escribir el autor. La *Patología general*, tal como nosotros la concebimos, y en ello opinamos con el eminente Rainard, debe presentarse en trabajos filosóficos, exposición y examen á

la par de la doctrina médica reinante, ó de las que el autor profesa. Y como la doctrina, para no degenerar en sistema, para huir de la hipótesis, ha de fundarse necesariamente en el conocimiento de las especialidades morbosas; supone trazada, ya que no escrita, una *Patología descriptiva*, como esta supone á su vez colecciones de historias, observaciones y monografías; porque solo estudiando los hechos clinicos, puede subirse sin violencia de las individualidades á las especialidades y de estas á los géneros patológicos.

Se marcharía así de lo conocido á lo desconocido, de lo particular y complejo á lo simple y abstracto; analizando siempre hechos, cada vez menos complicados; siempre formulando nociones más generales cada vez; hasta llegar al mayor grado de generalidad posible en medicina; hasta realizar una última síntesis científica, que ha de reflejarse luego con gran fruto en las prácticas del arte.

Y bien, este método que es el natural en las ciencias concretas, que está en consonancia con el orden en que la nuestra ha ido formándose, que sería el más lógico para enseñarla y difundirla, exige que cuantos tratados se la consagren principien por un estudio concienzudo de las enfermedades, distribuidas en grupos genéricos y elementales, de todo cuanto sea común á las comprendidas en cada seccion. Solo después de este primer trabajo, lazo de union y continuidad entre la *Nosografía* y la *Nosonomía*, es cuando puede abordarse con cierta seguridad el examen de las circunstancias comunes á todas las enfermedades, remontarse á la noción elevada y filosófica de su naturaleza y mecanismo, y, por fin, reunir las en grupos más generales que los precedentes, descomponer estos en otros que lo sean menos; clasificarlas en una palabra, según sus afinidades naturales, objeto trascendental en la verdadera ciencia médica, en la biología patológica.

Comprendemos que, al publicar el libro, ya escrito, se invierta ese orden sin grandes inconvenientes; que hasta haya utilidad en hacerlo con relacion á los alumnos, atendida la brevedad del tiempo que han de consagrar á cada materia; pero no que pueda hacerse al escribir, al confeccionar la obra, si ha de haber rigor en las inducciones, si ha de ascenderse por grados de las ideas menos á las más absolutas; si la práctica ha de servir de base á la ciencia, único modo de que esta sea de aplicacion á la primera.

No así sucede, ni puede suceder con el método de M. Delafond, si método merece llamarse. Y, en efecto, un conjunto de generalidades, superficiales y vagas las más, escolásticas todas, dignas, á lo sumo de figurar como preliminares para familiarizar á los alumnos con el tecnicismo patológico; mezcladas con datos de gran valor sin duda, pero que no forman un cuerpo de doctrina fundamental, intercaladas de reglas directamente aplicables á la práctica, que deben aprenderse al estudiar las enfermedades en particular; esto es lo que se halla en el trabajo de M. Delafond, que él llama de *Patología general*.

Ha sido, sin embargo, consecuente consigo mismo al escribir así. Para él, esa ciencia, tan interesante y fecunda á nuestro entender, no puede, ni debe ser más que un elemento de introduccion á la *Patología especial*. Nada tiene de extraño, por tanto, que la haya tratado de la manera como lo ha hecho.

Más el señor Llorente, que de seguro no profesa el mismo principio, que no tiene de la *Patología gene-*

ral una idea tan mezquina como M. Delafond, ¿por qué adopta, no obstante, su marcha, al menos en esta primera parte? ¿Por qué no la hace suceder á los conocimientos mas ó menos completos que espone en la segunda sobre lo que él entiende por elementos morbosos? ¿No advierte que, si la congestión, por ejemplo, es un fenómeno patológico elemental, eslo mas, sin comparacion, el síntoma, la causa, etc., etc., considerados en general? No echa de ver que, cuando analiza las enfermedades, bien ó mal agrupadas por él en la segunda parte, se ha hecho cargo ya en la primera de los hechos mas simples en que puede descomponerlas por la abstraccion?

La indiferencia hácia la cuestion de orden en la adquisicion y en la emision de las ideas ha perjudica á mas de una capacidad reconocida y es, á nuestro ver, la causa de las imperfecciones principales de que adolece la obra del Sr. Llorente, á pesar de su clarísimo criterio, de su talento privilegiado y de su vasta instruccion.

Y el vicio de método que lamentamos, prescindiendo de los inconvenientes apuntados apropósito de M. Delafond, tiene otras aun mas graves, si cabe, que se reflejan en el libro entero de este autor distinguido, no obstante su mérito indisputable, y en el de nuestro apreciable maestro.

Partir en patología de la nocion de enfermedad en absoluto, cual ellos lo hacen, conduce á convertir para el alumno, por mas que se haga para evitarlo, en una entidad imaginaria, lo que debiera presentársele como relativo y convencional; á asentar la ciencia sobre el ontologismo, en vez de establecerla sobre una serie progresiva de severas inducciones; á sustituir la hipótesis á la teoría, la doctrina por el sistema, siquiera este se llame Eclectismo, el mas absurdo é injustificado de todos.

¿Ni que otra cosa podria esperarse, cuando se aísla de ese modo la Patología general, cuando se la priva de sus naturales relaciones con la especial y con la Fisiología, á la par, en el hecho de darla un punto de partida propio é independiente? Ocasion se nos ofrecerá de patentizar este error y sus consecuencias.

(Se continuará). JUAN TELLEZ VICEN.

GACETILLA.

EFFECTO INESPERADO.—En el número 5 de EL MONITOR se lee un comunicado anónimo monstruoso en su confeccion y detalles, quejándose de una *Gacetilla* que pusimos en el número 69 de LA VETERINARIA ESPAÑOLA. Su escondidito autor, que blasona de franco, no solo oculta su nombre, sino que, para ocultarse mas, no espresa cuál de las dos *Gacetillas* de dicho número le ha herido: porque allí hay dos *Gacetillas*. Nosotros, sin echarla tan de francos, vamos á ser franquísimos, y preguntamos:

¿El franco autor anónimo es, por ventura, el señor don Pedro Martínez de Anguiano, Catedrático de la Escuela Veterinaria de Zaragoza?

— ¿La *Gacetilla* que tan mal ha sentado al franco autor anónimo es aquella en que se habla de lavanderas y cocineras?

El señor don Pedro Martínez de Anguiano se

encuentra en el caso de sacarnos de esta duda y nosotros rectificaremos gustosos: si hemos acertado, de hoy mas podremos llamarnos adivinos; si, habiendo acertado, se niega la adivinacion, con su pan se lo comerá el que, no teniendo valor para ser franco, tuviera valor para decir: «Yo no soy»; por último, si realmente nos hubiésemos equivocado, el franco autor, sea quien fuere, debe franquearse.—Advierto al autor franco que me es sumamente fácil hallarle detrás de su careta; y que tal vez lo haga, si no se franquea.

Pero entretanto, señor Franco; ¿es ó no justo lo que en la *Gacetilla* se dice? Tiene V. acerca de los malos la misma opinion que profesaba don Esteban Antonio García? Le debe V. algun favor á EL MONITOR? ¿No ha visto V. en EL MONITOR las provocaciones incesantes que V. aparenta no conocer?—La hipocresia es siempre el arma favorita de los que no pueden defenderse!—LA VETERINARIA ESPAÑOLA está tambien admirada de las escenas que forzosamente ocurren. Pero LA VETERINARIA ESPAÑOLA se escandaliza mas todavia de otras cosas: de las injusticias que se cometen; de los traidores encubiertos; de la ineptitud encumbrada; de la postergacion del mérito; de los que, sin valor para presentarse ante los hombres, tiran la piedra, esconden el brazo, y mienten cínicamente como ha sucedido al señor Alvarez; de los insultos que, protestando educacion y decoro, estampa contra ella EL MONITOR (no hay mas que ver el núm 5); y se admira mas aun de la impunidad en que viven ciertos charlatanes estúpidos, de quienes jamás podrá esperar la profesion mas que... ¿Quiere V. que continúe, señor Franco? ¿Por qué no se ha admirado V. de los insultos de EL MONITOR?... Miserias humanas!... Es V. tambien de los que desean mordazas para la prensa, porque no arroje las maldades á la cara de los malos?

Cuando tenemos el ejemplo reciente de lo que don Nicolás ha prometido hacer respecto del Proyecto de Reglamento ¿que quiere V., señor Franco, que haga LA VETERINARIA ESPAÑOLA? Contentarse con ver después escritas de la pluma del mismo señor don Nicolás algunas exclamaciones contra la miseria de los profesores?—Pues, señor Franco: eso, cuando menos, provoca la risa de LA VETERINARIA ESPAÑOLA; porque LA VETERINARIA ESPAÑOLA ama de veras á su profesion.—¿Que no se nos obligue á que demos al traste con todos los hipócritas!—L. F. GALLEG0.

Editor responsable, LEONCIO F. GALLEG0.

MADRID, 1859.—Imprenta de Beltran y Viana,
Calle de la Estrella, núm. 17.